

QUINTA DE CRESTELOS (MOGADOURO, PORTUGAL): FESTINES, SACRIFICIOS, RITUALIDAD Y MEMORIA EN EL VALLE DEL RÍO SABOR DURANTE LA II EDAD DEL HIERRO

Quinta de Crestelos (Mogadouro, Portugal): Feasts, Sacrifices, Rituals and Memory in the River Sabor Valley during the Second Iron Age

Javier LARRAZABAL GALARZA

*Dpto. de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y CC y TT Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras.
Univ. de Valladolid. Plaza del Campus, s/n. 47011 Valladolid. Correo-e: jlarrazabal@uva.es. ID ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1498-1984>*

Recepción: 31/03/2026; Revisión: 17/05/2026; Aceptación: 15/06/2026

RESUMEN: La excavación del yacimiento de Quinta de Crestelos, en Mogadouro, Portugal, desarrollada entre 2011 y 2014 en el contexto de la construcción del salto hidroeléctrico del Baixo Sabor, permitió documentar un registro arqueológico de notable complejidad y amplia extensión cronológica. Ante la inminente inundación del enclave, la intervención se orientó hacia la recuperación rápida, exhaustiva e indiscriminada de toda la información arqueológica posible, dentro de un ajustado calendario de trabajo. Finalizadas las excavaciones, se dio inicio por parte del autor al estudio de la ocupación protohistórica del sitio en el marco de una investigación doctoral, todavía en curso. Para reconstruir las secuencias de ocupación y las funcionalidades del asentamiento, fueron seleccionados varios contextos representativos de los diferentes ambientes del sitio –cresta/plataforma aluvial–. El análisis de las estructuras y los materiales recuperados con metodologías arqueológicas tradicionales y técnicas analíticas de laboratorio –paleobotánica, arqueofauna, análisis de pastas cerámicas y arqueometalurgia– sugiere la práctica de sacrificios de carácter doméstico y la celebración de banquetes colectivos durante la II Edad del Hierro. A partir de tales evidencias, se propone la interpretación del enclave como un *locum sacrum* dedicado a la construcción de memoria social.

Palabras clave: Protohistoria; Trás-os-Montes; materialidades; comensalidad; memoria; peregrinación; paisaje sagrado.

ABSTRACT: The excavation of the Quinta de Crestelos site, in Mogadouro, Portugal, conducted between 2011 and 2014 within the framework of the construction of the Baixo Sabor hydroelectric dam, revealed an archaeological record of remarkable complexity and broad chronological range. Given the imminent flooding of the site, the intervention was oriented towards the quick, exhaustive and indiscriminate recovery of all possible archaeological information within a constrained timeframe. Once the excavation campaigns were completed, a study of the protohistoric occupation of the site was undertaken an ongoing doctoral research project. To reconstruct the occupational sequences and functional dynamics of the settlement, a representative context of the various environments of the site –hill/alluvial platform– were selected. The study of the structures and recovered materials, combining traditional archaeological methodologies with laboratory-based analytical techniques –paleobotany, archaeofauna, ceramic fabric analysis and archaeometallurgy–, suggests the practice of domestic-scale

sacrificial activities and the performance of communal feasting during the Second Iron Age. Based on such evidence, the site is interpreted as a *locum sacrum* linked to dynamics of construction of social memory.

Keywords: Protohistory; Trás-os-Montes; Materialities; Commensality; Memory; Pilgrimage, Sacred Landscape.

1. Ritualidad y arqueología¹

Los estudios sobre la ritualidad en la Prehistoria suelen ser siempre problemáticos, por las dificultades que comporta su reconocimiento en el registro arqueológico y por nuestras propias limitaciones a la hora de interpretar sus restos. A ello hay que añadir que muchos de los aspectos relacionados con su práctica permanecen inaccesibles –o casi– para la investigación, como las danzas, los olores, las vestimentas, los gestos, las oraciones, las liturgias, la ingesta de alimentos, bebidas o sustancias psicoactivas... (Kyriakidis, 2007b: 12-14; Marcus, 2007: 47).

En un interesante artículo sobre el ritual y la racionalidad, J. Brück (1999: 319-320) señala que las sociedades prehistóricas no debían discriminar entre lo profano y lo sagrado, entre lo ritual y lo secular, o al menos no en la medida en que lo hace la actual cultura occidental. La vida estaría de este modo regida por un orden universal que consentía que la ritualidad funcionase como parte indisoluble de la cotidianeidad. De este modo, prácticas que hoy consideraríamos plenamente mundanas pudieron mostrar en el pasado expresividades sacras. También, y por las mismas razones, cabría suponer que todo acto ritual incorporaría en su seno una dimensión práctica, orientada a resolver las situaciones irresueltas del día a día.

Las materialidades trascienden, por tanto, dimensiones funcionales y simbólicas, y en no pocas ocasiones ambas al mismo tiempo (Renfrew, 1985: 15). Los arqueólogos están, de este modo, obligados a rastrear todas las posibilidades semánticas contenidas en los vestigios, sin olvidar además que estos

fueron generados por culturas diferentes a la suya (Bell, 1997: 164-165). Pero la percepción de la ritualidad –como la de cualquier otro aspecto del pasado– está restringida a los elementos conservados, lo que limita enormemente las posibilidades de discernir lo simbólico. Es habitual, además, que dichas evidencias conciernan a una vertiente muy específica de dicha praxis, concretamente a la desarrollada en ambientes colectivos, que por su escala suelen ser más reconocibles que la practicada en los entornos domésticos (Alfayé, 2009: 12).

En definitiva, el arqueólogo deberá renunciar a la rígida aplicación de las categorías funcionalismo *vs.* simbolismo para pronunciarse adecuadamente sobre el significado de los vestigios (Renfrew, 2007: 120). Se trata, en definitiva, de arrinconar la convencional dicotomía entre ritualidad y practicidad –herencia del pensamiento racionalista de la Ilustración y de los avances científicos de los siglos XVIII y XIX (Brück, 1999: 325-326)–, para evitar interpretaciones emanadas en sentido estricto de nuestra utilitaria mentalidad contemporánea.

Para ello tendrá que analizar los vestigios en su contexto, indagar en la particular lógica que los vertebran (Renfrew, 1985: 15-16; Brück, 1999: 327; Kyriakidis, 2007a: 1; Marcus, 2007: 43-44) y desarrollar enfoques interpretativos coherentes, evitando la construcción de falsos edificios explicativos como la sobreinterpretación de los vestigios o la asociación de cualquier elemento ‘anómalo’ al herético mundo de las prácticas simbólicas (Kyriakidis, 2007a: 2; Alfayé, 2009: 12).

Ante tal falta de garantías resulta plenamente comprensible que nos cuestionemos si es posible o no identificar la ritualidad en un contexto arqueológico. ¿Es el registro lo suficientemente explícito en este sentido? ¿Hasta qué punto los vestigios materiales permiten discriminar con claridad entre prácticas rituales y otras formas de comportamiento social?

¹ Este trabajo cuenta con apoyo financiero del proyecto Lab2PT –Laboratório de Paisagens, Património e Território– AUR/04509 y de la FCT a través de fondos nacionales y, cuando es aplicable, cofinanciación del FEDER en el ámbito de los nuevos acuerdos de colaboración PT2020 y COMPE-TE2020-POCI-01-0145-FEDER-007528.

El sentir de los arqueólogos, en este sentido, suele ser que las actividades ritualizadas deben producir vestigios cualitativamente diferentes de los generados por la rutinaria cotidianeidad (Kyriakidis, 2007c: 296-297). Tales prácticas se llevarían a cabo, además, sobre la base de presupuestos comunes a todos los participantes, que estarían obligados a acatar las normas y las convenciones que regulaban, por ejemplo, su asistencia a las ceremonias (Rappaport, 1999: 76-81; Renfrew, 2007: 115 y 119).

Por otro lado, la definición semántica de términos como religión, culto, ritual o hábito ha sido –y seguirá siendo– motivo de encendidos debates en los foros científicos (Alfayé, 2009: 13-15). C. Renfrew sostenía que los rituales, tanto en su vertiente pública como privada –ejecutantes–, se manifiestan a través de formalismos específicos –liturgias– de carácter repetitivo e intencional –patrones–, apelando a expresiones materiales específicas –parafernalias–. Aunque su reconocimiento arqueológico no resulte en ocasiones sencillo –en particular sus intencionalidades y las liturgias asociadas–, dichas prácticas deberían ser discernibles a través del análisis minucioso del marco geográfico en el que se inscriben –espacio– y de sus modos de representación –escenografía– (Renfrew, 1985: 14-22). C. Bell (1997: 138-169) coincide con Renfrew en subrayar algunas de las premisas que definen las actividades rituales: formalismo estricto, tradicionalismo, inmutabilidad, reglamentación, repetitividad, escenificación y una marcada naturaleza simbólica. R. Abraham Rappaport (1999: 57-58) disiente de la estricta consideración religiosa de la ritualidad por parte de Bell. A su juicio, ni todos los rituales son necesariamente religiosos, ni todo acto religioso tiene por qué adaptar un formato ritualizado. Coincide con ella, no obstante, en señalar los rasgos que deben caracterizar inexcusablemente a los rituales: tradicionalismo, formalismo repetitivo, inmutabilidad, escenificación, repetitividad, regularidad y ausencia de practicidad (Rappaport, 1999: 66-92).

¿En qué medida los arqueólogos somos capaces de reconocer todos estos conceptos en el registro arqueológico? Para responder a la pregunta recurrimos de nuevo a Brück (1999: 316), que advierte que

los vestigios rara vez se ajustan a las categorías que a los arqueólogos nos gustaría considerar como universales. En el caso de la ritualidad solemos tender, de hecho, a reducir su comprensión a una definición operativa por defecto: todo aquello que no encuentre explicación utilitaria se considerará, automáticamente, ritualizado (Renfrew, 1994: 52; Brück, 1999: 317). En definitiva, solo el carácter excepcional de los restos y la naturaleza repetitiva de las actividades que reflejan consentirán el reconocimiento de la ritualidad (Renfrew, 1994: 49; 2007: 115-116; Marcus, 2007: 45-46).

Esta extendida introducción sobre la ritualidad en Arqueología nos sirve como marco teórico para presentar una reinterpretación de la ocupación protohistórica del sitio portugués de Quinta de Crestelos, en Mogadouro, que cuestiona, creemos que de manera fundamentada, la lectura habitacional propuesta hasta el momento. A partir de una relectura de los datos existentes y de su contraste con entornos comparativos adecuados, proponemos una alternativa interpretativa que no solo contribuye a clarificar la naturaleza del sitio, sino que invita también a reflexionar sobre los criterios y los presupuestos teóricos empleados en el análisis de contextos arqueológicos similares.

2. Quinta de Crestelos, Mogadouro, Portugal

La ejecución en Trás-os-Montes Oriental, entre 2010 y 2015, del proyecto de ingeniería hidráulica *Aproveitamento Hidroelétrico do Baixo Sabor* (Dordio, 2015), conllevó la realización de trabajos arqueológicos en aquellas áreas que irían a quedar anegadas bajo las aguas del futuro embalse. Entre las intervenciones desarrolladas más destacadas se hallan las excavaciones de los sitios protohistóricos y romanos de Castelinho, Felgar, Torre de Moncorvo, y de Quinta de Crestelos, Meirinhos, Mogadouro (Fig. 1), emplazados en los márgenes del río Sabor, en cotas especialmente bajas, dominadas por la planicie trasmontana que se eleva entre 200 y 400 m por encima de su cauce. Distan entre sí poco más de 7 km que ascienden a 10,5 kms siguiendo el sinuoso y encajado curso del río Sabor.

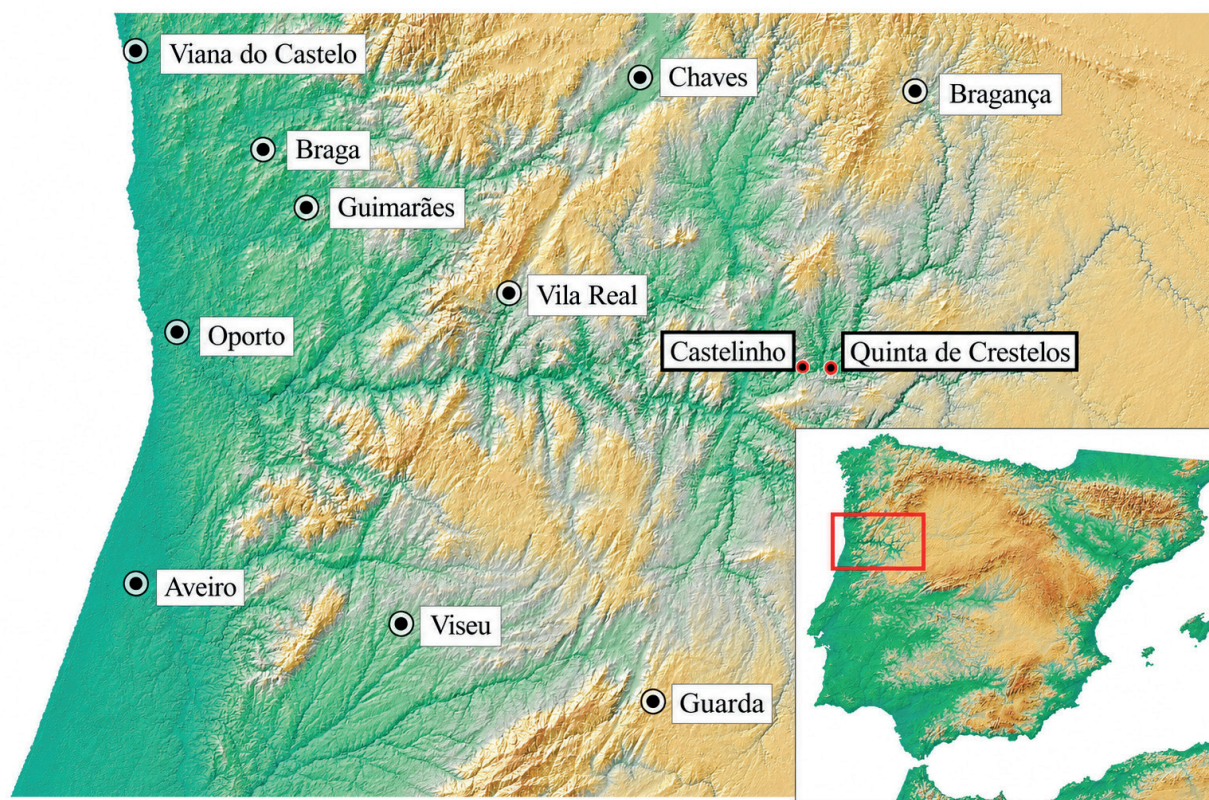


FIG. 1. Localización cartográfica de los sitios de Quinta de Crestelos y Castelinho en el curso bajo del río Sabor (a partir de mapa hipsométrico elaborado por el Servicio de Cartografía de la Univ. Autónoma de Madrid, SCUAM, 2013).

Su implantación sobre pequeños oteros en el fondo del valle rompía aparentemente con la tradición investigadora de la Protohistoria regional, que proponía un paisaje de naturaleza castreña configurado por pequeños poblados amurallados erigidos sobre espolones fluviales u otros hitos geográficos con amplio control visual. Frente a este modelo, el propósito tanto en Castelinho (Santos, 2015) como en Quinta de Crestelos, más que contemplar y dominar el territorio, parecía precisamente el contrario: ser vistos en vez de ver. De ahí su instalación en confluencias fluviales, en donde el valle se abría ligeramente para generar pequeños ‘anfiteatros’ naturales (Larrazabal, 2017).

Quinta de Crestelos se localiza en un altillito pizarroso de unos 40 m de altura –a unos 217 m.s.n.m.–, localizado en el interior de uno de los muchos meandros que configuran la cuenca baja del río Sabor. Muy próximo a su confluencia con

la Ribeira do Medal, en donde se localiza otro importante sitio arqueológico –Foz do Medal– datado en el Paleolítico Superior y la Edad del Bronce Tardía (De Figueiredo *et al.*, 2014; Gaspar *et al.*, 2014).

El cerro presenta una acentuada pendiente por su flanco s que arranca desde una plataforma aluvial situada 30 m por encima del actual cauce del río Sabor –180 m.s.n.m.–, mientras que, hacia el n, la elevación cae prácticamente a pico sobre el río (Fig. 2). Este lugar fue intervenido arqueológicamente entre agosto de 2011 y enero de 2014, totalizándose 10 800 m² de excavación repartidos en dos grandes áreas: la zona superior del cerro y su ladera s –designada significativamente Povoado de Crestelos durante el proceso de excavación– y la plataforma aluvial situada a sus pies o Quinta de Crestelos (Fig. 3). Obviamente, se trata de un único yacimiento arqueológico, por lo que, de aquí en adelante, emplearemos el

nombre de Quinta de Crestelos para designarlo en su totalidad.

Todo este espacio estaba predestinado, como hemos dicho, a quedar sumergido bajo las aguas del futuro embalse del Baixo Sabor, por lo que

fue decidida su excavación extensiva con la participación de varias empresas de arqueología. Fruto de tales trabajos fue la detección de una vasta secuencia de ocupación que transitaba desde la Prehistoria Reciente –Calcolítico Pleno-Final y Bronce



FIG. 2. *Vista general de Quinta de Crestelos en el centro de la imagen, en el valle del río Sabor junto a su confluencia con la Ribera do Meda.*



FIG. 3. *Vista aérea de las áreas intervenidas de Quinta de Crestelos: a izqda. cresta y a dcha. plataforma inferior.*

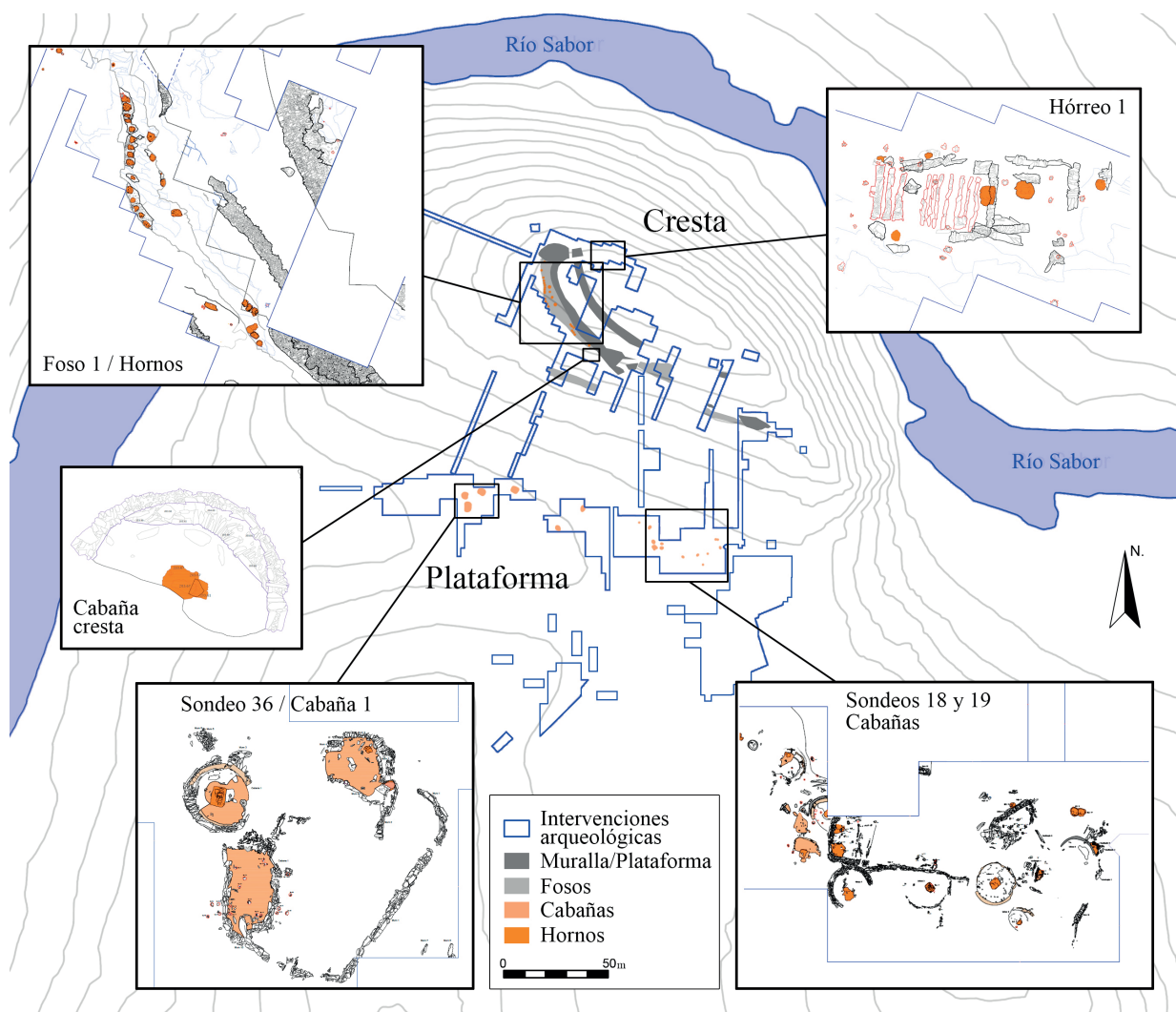


FIG. 4. Planimetría de las intervenciones arqueológicas desarrolladas en Quinta de Crestelos con localización detallada de los contextos mencionados en el texto.

Medio— hasta la actualidad, pasando por la Edad del Hierro, el período romano, la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media (Fig. 4).

Sobre la zona superior o cresta, de apenas 0,5 ha de extensión, fueron erigidas durante la II Edad del Hierro varias líneas de murallas o plataformas concéntricas, reforzadas en los accesos con potentes torreones circulares. Todas las estructuras fueron levantadas con lajas y bloques de pizarra procedentes de la abertura de diversos fosos o rebajes en la propia cresta. Más tarde, probablemente ya en el s. I a.

C., este ‘complejo defensivo’ fue reacondicionado para albergar en su interior varias instalaciones de almacenamiento agrícola u *horrea*—Hórreo 1 (Fig. 4) —. Sorprendentemente, las excavaciones sobre el cerro no lograron detectar ninguna construcción identificable con un posible caserío protohistórico, a excepción de un zócalo de piedra de planta circular y 4 m de diámetro, localizado, sin embargo, a media ladera y al exterior de la muralla principal.

Los trabajos en la plataforma inferior revelaron, por el contrario, una dilatada secuencia de cabañas

circulares erigidas con madera, piedra, tierra y adobe, que cabría situar entre los ss. IV y II a. C. y que aparentemente no parecía acompañarse de cualquier delimitación defensiva.

Las publicaciones editadas hasta la fecha, en su mayor parte promovidas por los responsables del programa de minimización patrimonial de la construcción de la presa, han presentado este sitio como un poblado abierto complementado en altura con un reducto fortificado e incluso como un poblado fortificado (Sastre, 2014; Pereira *et al.*, 2014: 104-119; Pereira *et al.*, 2015; Dinis *et al.*, 2018: 136-144; Batalha *et al.*, 2022: 286; Sastre *et al.*, 2022).

3. Algunas singularidades del sitio

Nuestras investigaciones sobre la ocupación protohistórica de Quinta de Crestelos, aún en curso, evidencian que la interpretación habitacional del sitio resulta, cuando menos, inapropiada.

Ya hemos señalado, por ejemplo, la total ausencia de espacios domésticos en el recinto superior, que compromete —si es que no imposibilita—, su catalogación como “poblado fortificado”. La única excepción la constituye la referida estructura circular situada al exterior de la muralla principal, que parece remitir a un momento no muy avanzado de la Edad del Hierro a decir de sus materiales cerámicos,

con paralelos razonables en el castro zamorano de Manzanal de Abajo (Fig. 4. Cabaña cresta).

La ausencia de espacios domésticos en la cresta contrastaba, como hemos dicho, con la potente serie constructiva detectada en la plataforma inferior (Fig. 5), que llegaba a generar en algunos puntos estratigrafías acumulativas de hasta dos y tres metros de potencia (Larrazabal, 2017). La identificación de tales ambientes con estructuras domésticas resultaba, *a priori*, un ejercicio sencillo: espacios circulares de entre 8 y 17 m², provistos de pisos batidos en tierra, hogares centrales y bancos corridos de arcilla o madera adosados a la cara interna de las paredes —Sondeos 18 y 19. Cabañas (Fig. 4)—.

Esta dilatada secuencia permitía, además, contemplar la evolución de las técnicas constructivas empleadas en el sitio, que progresaban desde frágiles edificaciones erigidas con postes de madera y tapial hacia otras cada vez más firmes, ejecutadas con adobe y piedra. Algunos espacios disponían incluso de pequeños muretes de piedra que encerraban en su interior un número variable de estructuras, componiendo una imagen muy parecida a la de las denominadas “unidades familiares” del mundo castreño del Noroeste (Fig. 4. Sondeo 36 / Cabaña 1).

Muy destacable resultaba también la diversidad de situaciones documentadas en los procesos de ocupación y abandono de estos ambientes. Llamaba particularmente la atención la coexistencia en unas



FIG. 5. Sucesión de estructuras de planta circular en el Sondeo 18 (Plataforma inferior de Quinta de Crestelos) con la Cabaña 4 en primer plano.

mismas fases estratigráficas de estructuras abandonadas de forma apacible con otras cuyo ciclo vital terminó de forma abrupta –por ejemplo, el incendio que puso fin a la ocupación de la Cabaña 4 del Sondeo 18– o que experimentaron importantes modificaciones en sus fisonomías –como un probable cambio de orientación del acceso de la Cabaña 1 del Sondeo 36–.

Otra situación verificada, incluso con cierta insistencia, fue la renovación de los espacios mediante la superposición continuada de estructuras. En algunos casos las cabañas no llegaban a edificarse sobre los restos de las precedentes, sino que lo hacían sobre potentes depósitos arcillosos resultantes seguramente de la ruina de la construcción anterior. Situaciones, por tanto, en las que parecía necesario reconocer la existencia de hiatos temporales entre las diversas fases constructivas, que, sin embargo, no evitaban la salvaguarda de la memoria de las ocupaciones previas.

En Quinta de Crestelos asistimos, por tanto, a la persistencia del formato circular y térreo hasta fechas bien avanzadas de la II Edad del Hierro, corroborando así lo observado en otros sitios cercanos como el yacimiento zamorano de El Pesadero, en Manganeses de la Polvorosa, donde el cambio de la planta circular a la rectangular parece datarse en fechas avanzadas del s. III a. C. (Misiego *et al.*, 2013: 280-284).

Se advierte también un profundo respeto por los ‘espacios edificables’, que periódicamente ven renovada su dedicación con la construcción de nuevas estructuras. Pero, ¿por qué? ¿Cuáles fueron las razones para este profundo respeto por los espacios, incluso cuando las estructuras ya se encontraban en algunos casos completamente arruinadas?

Algo es seguro, la renovación discontinua de las chozas reivindica una ocupación no permanente del sitio, vinculada tal vez a los ciclos vitales de sus propietarios o al de las comunidades a las que pertenecían (Bradley, 2002: 25). Se infiere también la coexistencia de diversas biografías arquitectónicas, sustentadas en una concepción patrimonial no solo de los edificios, sino también de los espacios que ocupaban (Larrazabal, 2017: 38-39). Una situación

que, en cierto modo, recuerda la verificada en el yacimiento neerlandés de Elp, cuyas fases constructivas y funerarias se desarrollaron respetando la ubicación de los elementos previos, incluso cuando estos ya estaban reducidos a simples ruinas. La dinámica historia de sus edificios fue asociada al ciclo vital de sus ocupantes, que los abandonarían seguramente tras el fallecimiento del cabeza de familia (Bradley, 2002: 65-68).

A estas nociones de periodicidad y renovación de las cabañas hay que sumarle también el de brevedad de sus ocupaciones. En efecto, no se documentan aquí las habituales reparaciones de paredes, suelos y hogares que se observan, por ejemplo, en las viviendas protohistóricas de la Meseta durienense. Bien al contrario, las ocupaciones de Quinta de Crestelos se revelan concisas. De sus hogares cabría sospechar incluso que tuvieron un único ciclo de uso: ni se reparaban ni se reconstruían, se sustituían a la par que el resto de la cabaña.

Y, a decir verdad, tampoco podemos asegurar que sobre ellos se realizasen combustiones: en muchos casos faltaban las esperables cenizas y carbones, y, en otros, su configuración difícilmente convenía con la de un espacio doméstico. Como la mencionada Cabaña 1 del Sondeo 36 (Fig. 4. Sondeo 36/ Cabaña 1), cuyo banco corrido de 0,75 m de anchura y su amplio hogar –1,17 x 0,92 m– apenas dejaban margen para la circulación en su exiguo espacio interno, de tan solo 4 m de diámetro.

Consideremos ahora el hogar de la Cabaña 4 del Sondeo 18², seguramente, el mejor conservado de los registrados en la plataforma inferior (Fig. 6):

Estaba compuesto por una placa térrea de formato subrectangular –1,15 x 1 x 0,03/0,04 m–, provista de suave reborde perimetral y tersa superficie de arcilla. Su base estaba constituida por un nivelillo de pizarras y cuarzos de 0,05 m de espesor, adaptado a un pequeño rebaje ejecutado previamente sobre el piso de la cabaña. Al NE de esta

² Cuenta con una datación radiocarbónica asociada, obtenida del colágeno de un hueso recuperado en el piso inferior de la cabaña (UE 18544): *Beta Analytics* 393538, 2190 ± 30 BP (data calibrada a 2 sigmas: 360-170 cal AC).



FIG. 6. Hogar de la Cabaña 4 del Sondeo 18 (Plataforma inferior de Quinta de Crestelos).

placa se situaba un segundo elemento conformado por dos adobes cúbicos alineados casi transversalmente con respecto al eje NE-SO de la placa $-0,21 \times 0,26 \times 0,15$ m— y unidos entre sí por un “istmo” de arcilla de tonalidad rojiza $-0,20 \times 0,10 \times 0,06$ m—. Del otro lado de estos adobes se localizaba, por último, un aro de arcilla que circundaba una pequeña laja circular de pizarra $-0,25 \times 0,10 \times 0,03$ m—.

Sobre este tipo de instalaciones, muchos arqueólogos consideran que su mera presencia resulta argumento suficiente para reconocer el carácter doméstico de las estructuras en donde aparecen. Es el caso, por ejemplo, de las cabañas circulares de la protohistoria meseteña (Romero Carnicero,

1992: 203-204) o del mundo castreño del Noroeste (Mergelina, 1944-1945: 28-29, fig. 16; López Cuevillas y Taboada, 1955: 80-81; González Ruibal, 2006: 373). Y si bien las analogías no escasean en tales ambientes, es en un contexto mucho menos ‘redondo’ en donde creemos encontrar los paralelos más ajustados para los hogares de Quinta de Crestelos, o al menos para este de la Cabaña 4 del Sondeo 18. Nos referimos a los *oppida* vetones de El Raso de Candeleda o Villasviejas del Tamuja, en donde encontramos numerosos hogares provistos de “cuernos” de adobes dentro de complejas edificaciones de planta rectangular con atrio, espacio central o cocina y anexos perimetrales (Fig. 7, izqda.).



FIG. 7. Hogar del Núcleo c de El Raso de Candaleda, Ávila, a izqda.; altar de las cl Císter-San Agustín de Málaga, arriba a dcha.; y altar de la fase antigua del santuario de Coria del Río, Sevilla, abajo a dcha.

Llegados a este punto conviene recordar que la vivienda protohistórica no puede considerarse tan solo un espacio de dedicación funcional. Se trata de una poderosa herramienta cultural, clave en la construcción del paisaje comunitario (Rapoport, 1972: 19, 56-61 y 65-69; Almagro-Gorbea y Llorio, 2011: 106). Un espacio polisémico en el que convergen las cotidianidades más elementales y las conductas ritualizadas, siempre en torno al hogar, que centraliza el capital simbólico de la esfera doméstica (Ayán, 2001: 46; González Ruibal, 2006: 196-197; Almagro-Gorbea *et al.*, 2011).

Uno de los dominios imaginarios más destacados en este sentido es, sin duda, el mito del culto taurico y de su sacrificio (Éxodo 29, 11-13), cuya transmisión desde el Mediterráneo oriental sustentó las iconografías taurodémicas representadas en algunos altares tartésicos e ibéricos. Pues bien, será precisamente en algunos de estos altares en donde creemos reconocer la dedicación del círculo de

arcilla y de la base redondeada del hogar de Quinta de Crestelos: en el altar de la Fase A del santuario de Coria del Río (Fig. 7, abajo dcha.) (Escacena e Izquierdo, 2001: 128 y 131-135, lám. ix; Escacena, 2002: 48-65 y 68-71), en el de las calles Císter-San Agustín de Málaga (Fig. 7, arriba a dcha.) (Arancibia y Escalante, 2006: 338-341 y 356) o en el de Cancho Roano c (Celestino, 1997: 373; 2001: 28-36). Los tres casos coinciden en mostrar en sus lados cortos pequeñas oquedades cuya función no sería otra que alojar pequeños recipientes destinados a recoger las libaciones y la sangre de los animales sacrificados sobre los altares (Celestino, 1997: 373; Escacena, 2002: 54; Escacena y Amores, 2011: 118; Almagro-Gorbea *et al.*, 2011: 242-246 y 249-250).

Así pues, lo que a primera vista parecía tratarse de un sencillo hogar provisto de paravientos o vasar de apoyo, podría ser, en realidad, la reminiscencia de un viejo formato de altar mediterráneo cuyos ‘cuernos de consagración’ simbolizaban el cuello de las

víctimas sacrificadas. Las notorias distancias temporales y geográficas entre los mundos orientalizante e ibérico y la Segunda Edad del Hierro en Trás-os-Montes oriental podrían no resultar tan insalvables si consideramos alguna evidencia intermedia como el altar taurodémico del Cerro de la Mesa, en Alcolea del Tajo, datado a finales del s. VI a. C. o inicios de la centuria siguiente (Chapa *et al.*, 2013: 142), o si acordamos que entre la instalación del hogar de Quinta de Crestelos y los de El Raso de Candeleda –tan similares entre sí– debieron transcurrir entre uno y tres siglos.

Y si esto fuese así, ¿no habría que concluir que las cabañas de la plataforma inferior de Quinta de Crestelos más que estructuras domésticas podrían tratarse realmente de espacios dedicados a la práctica de sacrificios?

Desplacémonos ahora a la cresta de Quinta de Crestelos, en donde la ritualidad parece mostrarse de forma más evidente, a pesar de la ausencia de estructuras de habitación... o quizás precisamente por ello (Fig. 4. Foso 1/Hornos).

Una de las grandes singularidades del sitio fue desvelada durante la excavación del Foso 1, un extenso recorte abierto en la pizarra geológica, a 20 metros de la plataforma superior y unos 8 metros por debajo del punto más elevado de la cresta (Fig. 8). Mostraba sección en “U” y anchura variable, siempre reducida, entre 1,20 y 4 metros, y profundidad también dispar, entre 0,5 y 2-3 metros. A pesar de su anómalo e irregular aspecto fue interpretado como un foso claramente defensivo, excavado al tiempo que se levantaba el recinto amurallado (Pereira *et al.*, 2015: 281-282).



FIG. 8. Estructuras de combustión del Foso 1 (Cresta de Quinta de Crestelos).

La comprensión del foso no quedaba por aquí, ya que su espacio interno llegaría a conocer —siempre según sus excavadores— un segundo ciclo de vida, representado por la instalación de 28 estructuras de combustión junto a sus cortes laterales. Su tipología era más o menos uniforme: placas de arcilla de planta rectangular —de en torno a 70 x 50 cm—, con cabecera ovalada y pequeña plataforma previa o *prae-furnium* (Sastre *et al.*, 2022). Para este contexto contamos con dos dataciones radiocarbónicas, correspondientes a sendos carbones recuperados del horno PC21 —UE 1232— y del piso asociado a estas estructuras —UE 1649—. Ambas enmarcan su funcionamiento entre mediados del s. IV a. C. y finales del II a. C., horquilla cronológica coherente con los elementos cerámicos asociados³.

Se trataba, pues, de un contexto a todas luces singular que reclamaba un análisis pausado y detallado. En cuanto al foso, su sinuoso trazado y sus marcadas variaciones de anchura y profundidad no parecían convenir muy bien con el supuesto carácter defensivo propuesto por sus excavadores. Por momentos resultaba demasiado estrecho y superficial, por otros extraordinariamente profundo para su anchura. Pero, además, su fondo no era continuo —como cabría esperar en un foso de naturaleza defensiva—, sino escalonado, perfilando sucesivas plataformas horizontales sobre las que fueron instalados los hornos. Algunas de estas plataformas disponían incluso de accesos exteriores, a modo de pequeños pasillos picados en la pizarra.

El análisis estratigráfico de sus rellenos sugería el desarrollo de dos breves e intensos ciclos de construcción, uso y abandono de los hornos. Según parece, concluido su desempeño, los alzados de las estructuras se desmantelaban y las plataformas eran cubiertas con extensos depósitos de tierra que consentían aún el tránsito por el interior del foso. Más adelante, entre los ss. II y I a. C., este sería definitivamente amortizado con un masivo depósito de bloques de pizarra que insinuaba el desarrollo de

profundas alteraciones arquitectónicas en lo alto del cerro (Pereira *et al.*, 2015: 283-284, fig. 4).

A nuestro juicio, todos estos indicios sugieren que la interpretación defensiva de la estructura negativa se trataba en realidad de un apriorismo emanado de la concepción inicial del sitio como un poblado fortificado. En verdad, en ninguno de los fosos exhumados en el cerro fueron detectados hogares en los niveles intermedios o superiores de sus secuencias de relleno. Siempre aparecían en su base, asentados directamente sobre la pizarra geológica. En definitiva, no encontramos argumentos firmes para refutar lo que a primera vista parecía evidente: que la abertura de los fosos —probablemente por fases, creando plataformas independientes— fue consustancial a la instalación de los hornos.

Sobre su función, publicaciones recientes dedicadas a sus características paleomagnéticas y a los vestigios paleobotánicos asociados han propuesto que se trate de hornos comunitarios destinados a la elaboración de pan (Vaz *et al.*, 2017: 8-10; Sastre *et al.*, 2022). Es muy probable que dicha interpretación esté inducida por la presencia de varios *horrea* en la cresta de Quinta de Crestelos —Hórreo 1 (Fig. 4)—. Pero, como ya hemos apuntado, tales estructuras no fueron contemporáneas de los hornos, sino claramente posteriores, incluso ya de época romana.

Realmente su función vendría enunciada, a nuestro entender, por los restos faunísticos detectados en sus proximidades: abundantes piezas dentales y mandibulares de ovicápridos y suidos que sugieren que fueron realmente las cabezas de estos taxones —y no los cereales, que no abundan precisamente en estos contextos (Vaz *et al.*, 2017: 11, tabla 4)— las piezas manipuladas en los hornos del Foso 1⁴.

La dedicación ritual de los hornos fue corroborada finalmente en otro sector de la cresta. Concretamente en el interior del Foso 4, otro extenso recorte de 3 m de profundidad y 8 m de anchura, abierto unos 45-50 m al E del Foso 1 y relleno por una potente serie sedimentaria de hasta 2 m de espesor integrada por múltiples nivelillos cenicientos,

³ Respectivamente *Beta Analytic* 397851, 2230 ± 30 BP (datación calibrada a 2 sigmas: 385-200 cal AC) y *Beta Analytic* 397852, 2150 ± 30 BP (datación calibrada a 2 sigmas: 350-105 cal AC).

⁴ Comunicación personal de C. Detry.

revestimientos de barro y lajas de pizarra resultantes seguramente del desmantelamiento de las estructuras de combustión del Foso 1. Esta serie reveló dos grandes ciclos sedimentarios —datados en los ss. IV-III a. C. y III-I a. C., respectivamente—, ambos dotados de abundante expolio.

Destacaban en los dos conjuntos los restos faunísticos —similares en taxones e incluso en porcentajes a los recuperados en el Foso 1—; abundantes vestigios cerámicos, tanto a mano como a torno, y varias piezas metálicas claramente asociadas al consumo ritualizado de carne (Fig. 9). Entre ellos, varios cuchillos ‘afalcados’ de hierro, y en especial uno de grandes dimensiones, con dorso acodado y mango de marfil decorado con estampillas de ochos a *grenetti*. Una pieza seguramente antigua —una *machaira* o cuchillo de sacrificio—, que fue renovada avanzada la II Edad del Hierro con la aplicación del mango decorado. Y, sobre todo, cuatro ganchos

de carne de hierro con vástagos retorcidos (Lackinger *et al.*, 2016: 520-524), cuyo diseño evocaba los modelos del Bronce Final de Cantabrana, Río Genil o Thorigne. La semejanza resultaba en algún caso tan estrecha que cabría sospechar que el artesano que los elaboró conocía de primera mano alguno de estos ejemplares u otros similares.

4. Interpretando el registro

4.1. La ritualidad a través de los sacrificios y los festines

Como se ha comprobado, no son pocos los indicios que sugieren el desarrollo de prácticas rituales en Quinta de Crestelos. A los ya mencionados podríamos añadir otros, también significativos, como la inhumación de un pequeño suido junto a



FIG. 9. Cuchillo afalcado y gancho torsionado de hierro de Quinta de Crestelos, arriba y en el centro; gancho torsionado bronceo de Cantabrana, abajo.

la entrada de la Cabaña 4 del Sondeo 18 o la deposición de varios cráneos de bóvidos bajo las estructuras circulares de los sondeos 36 y 40. En la plataforma inferior se hallaron además numerosas fosas colmadas de cerámicas fragmentadas de manera intencional.

No nos cabe la menor duda de que todas estas praxis, junto con los hogares de la plataforma inferior, los hornos del Foso 1 y los cenizales de la cresta, formaron parte de un programa ceremonial específico, cuyo colofón debió de ser la celebración de aparatosos festines comunitarios en el recinto superior. Señala Sardà, en este sentido, que la identificación de los banquetes de comensalidad pasa por reconocer en el registro arqueológico determinados aspectos como la ritualización de los contextos, la homogeneidad de los conjuntos materiales y la singularidad de los alimentos consumidos y de los objetos empleados (Sardà, 2010: 48). A nuestro entender, todos ellos se documentan —y de manera notable— en Quinta de Crestelos.

Los ambientes inferiores, como hemos visto, sugieren la práctica de rituales de carácter familiar o gentilicio, vinculados al sacrificio de animales y a la invocación a las providencias. En sus altares se degollarían las víctimas que posteriormente eran ofrecidas a las divinidades en lo alto del cerro. En el Foso 1 se consagraban las cabezas en un ritual probablemente doméstico —¿un hogar asociado a cada cabaña?—, aunque ejecutado de forma colectiva ya que las estructuras de combustión fueron instaladas por conjuntos y funcionaron y se amortizaron en común. Cabría sospechar incluso que la abertura de cada plataforma pudiera identificarse con la celebración de una única ceremonia, acabada la cual se amortizaba con extensos depósitos de tierra como parte intrínseca del ritual.

El concepto de amortización ctónica del patrimonio simbólico es reconocible en toda la Europa pre- y protohistórica. En algunos santuarios minoicos, por ejemplo, se ha verificado que el instrumental empleado en los rituales se amortizaba en fosas excavadas en el propio lugar. Para algunos autores, se trata de una práctica vinculada al culto a las divinidades ctónicas; para otros, no sería más que un simple hábito higiénico (Kyriakidis, 2007b: 20). En

el santuario galo de Gournais-sur-Aronde, sus espaciosos fosos contenían acumulaciones significativas de ofrendas separadas por niveles estériles que, según sus excavadores, probaban el carácter periódico de las celebraciones (Brunaux *et al.*, 1985: 104-109).

Sobre la naturaleza de las ceremonias y festines en Quinta de Crestelos creemos posible esbozar también algunas reflexiones (Potter, 2000: 473-475). Por de pronto, parece que se trata de ceremonias en las que la participación fue amplia. No se trata de sencillas celebraciones domésticas, sino de extensos actos colectivos que provocaron importantes alteraciones topográficas en el sitio y entrañaron un notable consumo de recursos alimenticios y materiales. Y a juzgar por lo observado en el Foso 4, parece que se dilataron de forma periódica durante buena parte de la II Edad del Hierro, vinculadas tal vez a la celebración de los ciclos naturales o a efemérides de índole social.

En el recinto superior —un probable “recinto para el banquete” (Poux, 2002: 360-362)— se celebraban festines colectivos en donde se consumían las piezas más suculentas de las víctimas sacrificadas. La ausencia de armas y de otros elementos personales en el Foso 4 refuerza la idea de que la naturaleza de tales celebraciones debió de ser festiva y comunal. En otras palabras, no se detectan en el sitio indicios de carreras personales de prestigio.

Algunos materiales recuperados remiten a territorios alejados del río Sabor. El elegante cuchillo de hierro hallado en la cresta, por ejemplo, podría tratarse de una auténtica importación ibérica, renovada entre finales del IV a. C. y el siglo II a. C. con la adición del mango de marfil.

Pero, sin duda, es en los materiales cotidianos en donde apreciamos con mayor claridad la dispar procedencia de los participantes en los banquetes. Ciertas cerámicas de factura manual, por ejemplo, cocidas en atmósferas reductoras y elaboradas con barro micáceo, evocaban claramente ambientes castreños del Noroeste peninsular. Un vínculo cristalizado también en época altoimperial, como lo prueba el hallazgo de varios recipientes de almacenaje característicos del área bracarense (Báez *et al.*, 2016: 914-915). A la par que estas cerámicas “castreñas”, surgían otras procedentes sin duda de la Meseta: piezas torneadas, decoradas con semicírculos pintados o

impresiones de dobles 's', e incluso algunas cajitas, de las denominadas vacceas o celtibéricas, con decoración geométrica excisa o simplemente lisas.

Una dualidad vascular Noroeste-Meseta que sería ratificada finalmente por el Prof. Fernando Castro de la Universidade do Minho, cuyos análisis de pastas identificaron barros procedentes del entorno de la localidad trasmontana de Vila Real –cerámicas manuales, reductoras y micáceas– y del ámbito meseteño –piezas torneadas, no micáceas y cocidas en atmósferas oxidantes⁵.

Sobre este vínculo meseteño, es probable que podamos precisar mejor la delimitación de las áreas implicadas a tenor de las similitudes observadas entre los hogares vetones de El Raso y Villasviejas del Tamuja y el de la Cabaña 4 del sondeo 18 de Quinta de Crestelos; o de algunas producciones cerámicas decoradas con bandas horizontales pintadas en negro, rojo y blanco, que parecen remitir a tradiciones vasculares de la cuenca media del Tajo (El Mercadillo) y, en último término, de los territorios carpetanos y oretanos. En este mismo sentido cabría considerar también los cuchillos de dorso acodado, muy presentes en las necrópolis vetonas (El Raso de Candeleda, Castillejo de la Orden, El Mercadillo, La Osera, Las Cogotas). Y, por supuesto, la notable concentración de esculturas zoomorfas registrada entre las cuencas del Tua y el Duero, que han sido interpretadas como marcos territoriales de separación entre los pueblos vetón, galaico y astur (Ruiz Zapatero y Álvarez Sanchís, 2002: 270 y Fig. 4). En suma, todos estos elementos sugieren la existencia de fuertes vínculos entre el Alto Douro y el valle medio del Tajo –y el territorio vetón en sentido amplio–, ya desde el s. iv a. C.

4.2. *En busca de la intencionalidad: un lugar para el encuentro y la construcción de memoria social*

Quinta de Crestelos funcionó durante la II Edad del Hierro como espacio de reunión para comunidades que practicaban rituales colectivos en la zona superior del cerro y domésticos en la plataforma

inferior. Pero, ¿cuál sería la finalidad de tales prácticas?

Antropólogos como Durkheim, Spiro, Leach o Bell sostienen que toda actividad ritual conserva en última instancia un trasfondo religioso (Marcus, 2007: 44; Alfayé, 2009: 13). Otros, por el contrario, consideran que las motivaciones del rito no se limitan a lo piadoso (Renfrew, 1985: 14; Rappaport, 1999: 56-58), aun reconociendo que este debió de impregnar la cotidianeidad pretérita mucho más de lo que lo hace hoy en día (Renfrew, 2007: 110-111). Sería útil, por ejemplo, para garantizar el orden social y la renovación generacional (Renfrew, 1994: 50; Renfrew, 2007: 118; Kyriakidis, 2007c: 295-296 y 301), para explicar la realidad y satisfacer a las fuerzas que la sostienen, para comunicarse con los ancestros, para solicitar auxilio o sanar enfermedades... (Marcus, 2007: 67-68).

De lo que no cabe duda es de que los lugares destinados a dichas prácticas –y en especial los de naturaleza religiosa– serían seleccionados con sumo cuidado, pues estaban concebidos como espacios de contacto entre la esfera de los vivos y el Más Allá (Renfrew, 1994: 47). Solían escogerse para ello espacios liminales, apartados del mundo 'civilizado' con el propósito de garantizar la observancia de los preceptos más estrictos de pureza (Renfrew, 1985: 17). En no pocas ocasiones la elección recaía en monumentos naturales, idóneos para suscitar sensaciones y evocar imágenes entre los participantes. La apelación a un pasado remoto, capaz de fomentar el arraigo del colectivo en tradiciones pretéritas, reforzaría aún más los sentimientos de continuidad y de seguridad en los individuos (Bell, 1997: 168).

El enraizamiento de los espacios ritualizados en el pasado constituye una forma muy eficaz de forjar mentalidades colectivas y de crear memoria social. Sus mecanismos se reconocen fácilmente en los contextos culturales y funerarios aunque no tanto en los habitacionales. En estos, los arqueólogos tienden a reducir sus interpretaciones a consideraciones estrictamente funcionalistas... hasta que el registro les obliga a reconocer la insuficiencia de sus planteamientos. Es decir, hasta que se enfrentan a 'anomalías' arqueológicas.

⁵ Comunicación personal de F. Castro.

Pero la construcción de la memoria social es un proceso en sí mismo complejo, dinámico y en continua transformación, condicionado siempre por las necesidades del presente. Para Van Dyke y Alcock, son cuatro las vías por las que se articula dicha construcción: la participación en actividades rituales –procesiones, festines, contextos funerarios...–, la transmisión de narrativas –tradiciones orales, relatos–, las representaciones artísticas y el uso de objetos conmemorativos –reliquias– y la frecuentación de lugares dotados de valores añadidos como la celebración de eventos en el pasado (Van Dyke y Alcock, 2003: 1-5). En Crestelos creemos distinguir muchos de estos elementos, proyectados tanto en el tiempo como en el espacio. Recordemos, por ejemplo, su propia ubicación: un anfiteatro natural, de escenografía monumental, donde cabría identificar el yacimiento arqueológico –siquiera de forma simbólica– con la *scenae*.

Ya hemos visto cómo la distribución de sus espacios ‘domésticos’ escapa a cualquier lógica castreña: se ausentan en el interior del espacio amurallado y surgen diseminados por la plataforma aluvial aparentemente sin delimitación de ningún tipo. Muy chocante resulta también que los únicos espacios útiles detectados en el recinto castreño superior se restrinjan a las estructuras negativas, o al menos eso es lo que las excavaciones arqueológicas llegaron a registrar.

De hecho, es en estos recortes en donde encontramos las evidencias más firmes de la naturaleza ritual del sitio. Los hogares del Foso 1 proyectan liturgias domésticas que tendrían su continuidad en el recinto superior con la celebración de extensos banquetes de comensalidad. Ritualidades que serían ejecutadas seguramente de forma periódica, pautadas por la conmemoración de los ciclos de vida, siembra y cosecha, festejos estacionales, fechas del calendario, festivales familiares o en honor a divinidades, eventos religiosos, conmemoraciones individuales, acuerdos entre comunidades...

La construcción de memoria social se manifiesta también en la plataforma inferior de Quinta de Crestelos, en la continuada ocupación de los espacios “domésticos” y en la periódica renovación de

sus arquitecturas. Renovaciones que tendrían una más que probable justificación social, más allá de la estrictamente funcional (Larrazabal, 2017: 38-39).

Las narrativas míticas tomarían cuerpo incluso en algunos de los objetos recuperados; en los ganchos de carne, por ejemplo, que, sin llegar a constituir auténticas reliquias, rememoraban vicisitudes y liturgias pretéritas a través de sus formas.

En definitiva, en Quinta de Crestelos se observa una clara voluntad por anclar las prácticas rituales en un pasado más o menos distante. Sus festines y sacrificios no solo escenificaban las abstracciones religiosas de sus participantes, participantes; también buscaban referentes en el paisaje para reforzar la cohesión del colectivo. El camino escogido fue cimentar el presente en un pasado remoto, aunque su comprensión estuviese ya diluida en un tiempo mítico (Bradley, 2002: 109-111).

5. El paisaje sacralizado

A través de la ritualidad conseguimos adentrarnos en el conocimiento de los sistemas de creencias, en las ideologías y en las estructuras sociales del pasado. En arqueología, las posibilidades aumentan si centramos la atención en aquellos lugares en donde las “anomalías” se multiplican y las dinámicas trascienden lo estrictamente funcional.

Se trata por lo general de contextos persistentes en el tiempo. En la Creta minoica, por ejemplo, los santuarios de altura se mantuvieron activos durante siglos, e incluso varios de sus palacios llegaron a ser reutilizados durante la Edad del Hierro para erigir edificios de culto sobre sus ruinas. Los nuevos pobladores, deslumbrados por la magnitud y la calidad de los vestigios, difundieron relatos fantásticos sobre su origen que más tarde darían lugar a mitos heroicos. Su objetivo lógicamente era justificar el nuevo orden social, encabezado por la aristocracia guerrera, a través de su conexión con antiguos linajes y divinidades (Prent, 2003: 88 y 98-100).

La búsqueda deliberada de la tradición constituye, *de facto*, uno de los rasgos esenciales de cualquier religión. En los santuarios suele manifestarse

a través de la reiteración de conceptos y prácticas, ya que es en la raigambre en donde se cimenta gran parte de nuestra identidad como comunidad. Naturalmente, ello no implica que las creencias permanezcan por completo inmutables (Kyriakidis, 2007b: 15-16).

Los rituales colectivos son, además, mecanismos capaces de conferir a los espacios un profundo marchamo cultural, transformándolos en *topoi*. Los espacios ritualizados se convierten de este modo en hitos perdurables que permanecen grabados en el subconsciente colectivo, resignificados como “paisajes” simbólicos (Kyriakidis, 2007c: 299 y 302).

En el Douro Superior, en los valles del Duero, Côa, Sabor y Vilarça, los *topoi* se multiplican de manera acusada: grabados paleolíticos y protohistóricos del valle del Côa, recintos calcolíticos de Castelo Velho y Castanheiro do Vento, estelas calcolíticas de Cabeço da Mina, arte esquemático del Nordeste Trasmontano... Todos ellos conforman un paisaje cultural profundamente monumentalizado y simbólico; un paisaje, en definitiva, “sacralizado”. Esta reiteración de prácticas “no funcionales” en un mismo territorio –e incluso en un mismo enclave, como parece haber ocurrido en Quinta de Crestelos– revela el anhelo por aprovechar el simbolismo latente en el paisaje para generar memoria social. Kyriakidis sostiene en este sentido que el ritual, más que otorgar significado al paisaje, lo enriquece (Kyriakidis, 2007c: 299). Por lo que parece, en los valles del Côa, Sabor y Alto Douro, este enriquecimiento se practicó de manera persistente e intensa.

Las notorias discrepancias temporales existentes entre estos *topoi* revelan a la postre los mecanismos empleados en la construcción de dicha memoria: mediante la intervención reiterada en el paisaje y el alargamiento de su biografía vital (Bradley, 2002; Van Dyke, 2003: 180-181). Una dinámica en la que, por supuesto, intervienen los recuerdos, pero también los olvidos que permiten reinterpretar los vestigios del pasado adaptándolos a las necesidades del presente (Bradley, 2002: 47-48; Meskell, 2003: 36; Van Dyke y Alcock, 2003). Como puede observarse, por ejemplo, en los procesos de cristianización que han sufrido algunas representaciones rupestres

prehistóricas de Trás-os-Montes y Zamora –Sierra de Passos/Santa Comba, Fraga das Passadas, Cueva del Pedroso– (Sanches *et al.*, 1998: 98-99; Bradley, 2002: 115-116).

Estas dinámicas de apropiación simbólica de los espacios constituyen una forma muy eficaz de afianzar los sistemas sociales al enraizarlos con un pasado distante, incluso desconocido, pero imposible de ignorar. Ciertamente, la memoria colectiva no es una categoría inmutable, sino que se halla condicionada por la realidad social que la envuelve y la transforma de generación en generación, junto con los espacios en donde se manifiesta (Alfayé, 2010: 180).

Los Arribes del Duero y su entorno inmediato debieron de significar durante milenios mucho más que una mera originalidad topográfica. Se trata de un paisaje complejo, pleno de simbolismos, que auspició de forma continuada la evocación de experiencias elevadas. En él, Quinta de Crestelos constituiría seguramente un importante *locum sacrum*, enclavado en un espacio sobresaliente y liminal que reforzaba su neutralidad, favorecería el desarrollo de cultos comunes y proporcionaba el marco necesario para la articulación de acuerdos entre comunidades (Luís, 2008: 432-438; Alfayé y Rodríguez-Corral, 2009: 107).

En definitiva, en Quinta de Crestelos se honraba la memoria y la tradición a través del ritual y la idealización del paisaje. Memorias y tradiciones compartidas por diferentes comunidades protohistóricas que reconocían en los valles del Sabor, Côa y Duero paisajes míticos en los que otras sociedades ya gestionaron antes que ellas sus preceptos más íntimos. Un espacio cualificado, escenario entre los ss. iv y ii a. C. de rituales de cohesión social basados en el enraizamiento en un pasado mitificado y en el contacto entre comunidades. En suma, un probable santuario multiétnico inscrito en un paisaje monumentalizado, donde los peregrinos participaban en rituales de carácter comunitario –banquetes de comensalidad, sacrificios animales, romerías– que les acercaban a lo sagrado al tiempo que reforzaban su pertenencia al grupo y facilitaban su interacción con otros colectivos (Alfayé, 2010: 177 y ss.).



FIG. 10. Actual emplazamiento del santuario da Santo Antão da Barca, en Parada, Alfândega da Fé, sobre los Lagos do Sabor.

En los valles del Sabor, Côa y Duero contemplamos, en suma, un dilatado proceso de “invención de la tradición” basado en la comprensión de los Arribes del Duero y de sus afluentes como un monumental paisaje simbólico y cultural. Un concepto que aún hoy permanece vigente, como lo demuestran los numerosos santuarios cristianos⁶ dispersos por toda la región (Fig. 10).

Bibliografía

- ALFAYÉ, S. (2009): *Santuarios y rituales en la Hispania Céltica*. BAR Intern. Ser., n.º 1963. Oxford: Archaeopress.
- ALFAYÉ, S. (2010): “Hacia el lugar de los dioses: aproximación a la peregrinación religiosa en la Hispania indoeuropea”. En MARCO, F.; PINA, F. y REMESAL, J. (eds.): *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*. Barcelona: Univ. de Barcelona, pp. 177-218.
- ALFAYÉ, S. y RODRÍGUEZ-CORRAL, J. (2009): “Espacios liminales y prácticas rituales en el Noroeste Peninsular”. En *Actas x Colóquio Internacional sobre Línguas e Culturas Paleo-Hispánicas*. Acta Palaeohispanica, 9. Zaragoza, pp. 107-111.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. J. (2011): *Teutates: El héroe fundador y el culto antepasado en Hispania y en la Keltiké*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 36. Madrid: CSIC.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A. J.; MEDEROS, A. y TORRES, M. (2011): “El mito de Telepinu y el altar primordial en forma de piel de toro”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univ. Autónoma de Madrid*, 37-38, pp. 241-262.
- ARANCIBIA, A. y ESCALANTE, M. D. M. (2006): “La Málaga fenicio-púnica a la luz de los últimos hallazgos”, *Mainake*, 28, pp. 333-360.
- AYÁN, X.M. (2001): *Arqueotectura 2: La vivienda castreña. Propuesta de reconstrucción en el castro de Elviña*. Trabajos de Arqueoloxía e Patrimonio, 23. Santiago de Compostela.
- BÁEZ, B.; BATALHA, L.; CARVALHO, L.; GARCÍA VILLANUEVA, I.; LARRAZABAL, J.; ROSELLÓ, M. y SANTOS, C. (2016): “Recipientes de almacenamiento no vale do Baixo Sabor (Portugal), da época romana à antiguidade tardia. Ensaio cronotipológico”. En

- JÁRREGA, R. y BERNI, P. (eds.): *Proceedings from Amphorae ex Hispania: paisajes de producción y consumo*. Monografías Ex Officina Hispana. Tarragona: ICAC, t. III, pp. 898-917.
- BATALHA, L.; LACKINGER, A.; PANIAGUA, E. y PEREIRA, S. (2022): "Instrumentos cirúrgicos romanos na Quinta de Crestelos (Meirinhos-Mogadouro)". En *A Península Ibérica entre os séculos V e X-Continuidade, transição e mudança, Arqueologia e História*. Revista da Associação dos Arqueólogos Portugueses, 73. Lisboa, pp. 285-296.
- BELL, C. (1997): *Ritual. Perspectives and dimensions*. New York: Oxford University Press.
- BRADLEY, R. (2002): *The Past in prehistoric societies*. London: Routledge.
- BRÜCK, J. (1999): "Ritual and rationality: Some problems of interpretation in European archaeology", *European Journal of Archaeology*, 2(3), pp. 313-344.
- BRUNAUX, J. L.; MÉNIEL, P. y POPLIN, F. (1985): *Gournay 1: Les fouilles sur le sanctuaire et l'oppidum (1975-1984)*. Revue Archéologique de Picardie, numéro spécial 4. Amiens.
- CELESTINO, S. (1997): "Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros", *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria y Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 359-389.
- CELESTINO, S. (2001): "Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico". En RUIZ MATA, D. y CELESTINO, S. (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: CSIC, pp. 17-56.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J.; CABRERA, A.; CHARRO, C.; MORENO-GARCÍA, M.; RUIZ ALONSO, M.; PÉREZ DÍAZ, S. y LÓPEZ SÁEZ, J. A. (2013): "Una fosa vertedero de época vettona en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)", *Trabajos de Prehistoria*, 70, pp. 140-165.
- DE FIGUEIREDO, S. S.; XAVIER, P.; SILVA, A.; NEVES, D. y DOMÍNGUEZ, I. (2014): "The Holocene Transition and post-Palaeolithic Rock Art from the Sabor Valley (Trás-os-Montes, Portugal)". En MEDINA, M. A.; ROMERO, A. J.; RUIZ MÁRQUEZ R. M. y SANCHIDRIÁN, J. L. (coords.): *Sobre rocas y huesos: las sociedades prehistóricas y sus manifestaciones plásticas*. Nerja: Patronato de la Cueva de Nerja-Univ. de Córdoba, pp. 192-203.
- DINIS, A. P.; CAMPOS, E.; SANTOS, F.; LARRAZABAL, J.; PEREIRA, S.; GASPAS, R. y SASTRE, J. C. (2018): "From Iron Age to Romanization: Notes about the diachronies of four fortified Iron Age sites portuguese Northeast-Fonte do Milho, Castelo dos Mouros, Crestelos e Castelinho". En SASTRE, J. C. y RODRÍGUEZ MONTECUBIO, Ó. (eds.): *Archaeology in the River Duero Valley*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, pp. 118-146.
- DORDIO, P. (2015): "Investigação e Desenvolvimento no plano de Salvaguarda do Património do Aproveitamento Hidroeléctrico do Baixo Sabor". En *1 Conferências Museu de Lamego/CITCEM-2013. História e Património no/do Douro: Investigação e desenvolvimento*. Lamego: Museu de Lamego-Direção Regional de Cultura do Norte, pp. 118-146.
- ESCACENA, J. L. (2002): "Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir". En FERRER, E. (coord.): *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. Spal, Monografías, II. Sevilla, pp. 33-75.
- ESCACENA, J. L. y AMORES, F. (2011): "Revestidos como Dios manda. El Tesoro de Carambolo como ajuar de consagración", *Spal*, 20, pp. 107-141.
- ESCACENA, J. L. e IZQUIERDO, R. (2001): "Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un 'barrio fenicio' de la Caura tartésica". En RUIZ MATA, D. y CELESTINO, S. (eds.): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: CSIC, pp. 123-158.
- GASPAR, R.; CARRONDO, J.; NOBRE, L.; RODRÍGUEZ, Z. y DONOSO, G. (2014): "Espaço para a morte. O Terraço da Foz do Medal (Vale do Sabor, Nordeste de Portugal) durante a Idade do Bronze", *Estudos do Quaternário*, 10, pp. 59-72.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C.-50 d.C.)*. Brigantium, 18-19. A Coruña: Museo Arqueológico e Histórico da Coruña.
- KYRIAKIDIS, E. (2007a): "In search of ritual". En KYRIAKIDIS, E. (ed.): *The Archaeology of Ritual*. Los Angeles: Univ. de California, pp. 1-8.
- KYRIAKIDIS, E. (2007b): "Finding ritual: Calibrating the evidence". En KYRIAKIDIS, E. (ed.): *The Archaeology of Ritual*. Los Angeles: Univ. de California, pp. 9-22.
- KYRIAKIDIS, E. (2007c): "Archaeologies of Ritual". En KYRIAKIDIS, E. (ed.): *The Archaeology of Ritual*. Los Angeles: Univ. de California, pp. 289-308.
- LACKINGER, J.; PANIAGUA, E. y PEREIRA, S. (2016): "Utensilios metálicos relacionados con el *instrumentum domesticum*. Quinta de Crestelos (Mogadouro)". En MARTÍNEZ CABALLERO, S.; CABAÑERO, V. M. y MERINO, C. (coords.): *Investigaciones arqueológicas en*

- el valle del Duero IV: Del Paleolítico a la Edad Media*. Valladolid: Glyphos, pp. 513-528.
- LARRAZABAL, J. (2017): "Tierra, madera y piedra. Arquitecturas, mobiliario y diacronías de la II Edad del Hierro en Trás-os-Montes Oriental: Quinta de Crestelos (Mogadouro)", *Estudos do Quaternário*, 16, pp. 31-40.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. y TABOADA, J. (1955): "Un oppidum de la tribu de los Bibalos", *Archivo Español de Arqueología*, 28(91), pp. 69-89.
- LUÍS, L. (2008): "Em busca dos cavaleiros com cabeça de pássaro. Perspectivas de investigação da proto-história no Vale do Côa". En DE BALBÍN, R. (ed.): *Arte Prehistórico en el Sur de Europa*. Valladolid: JCYL, pp. 415-438.
- LUÍS, L. (2009): "Per petras et per signos: A arte rupestre do vale do Côa enquanto construtora do espaço da Proto-história". En SANABRIA, P. J. (coord.): *Lusitanos y vettones: Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa-Alto Alentejo-Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura-Museo de Cáceres, pp. 213-240.
- MARCUS, J. (2007): "Rethinking ritual". En KYRIAKIDIS, E. (ed.): *The Archaeology of Ritual*. Los Angeles: Univ. de California, pp. 43-76.
- MERGELINA, C. (1944-1945): "La Citania de Santa Tecla, La Guardia (Pontevedra)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 11(37-39), pp. 14-54.
- MESKELL, L. (2003): "Memory's materiality: Ancestral presence, commemorative practice and disjunctive locales". En VAN DYKE, R. M. y ALCOCK, S. E. (eds.): *Archaeologies of Memory*. Los Angeles: Univ. de California, pp. 34-55.
- MISIEGO, J. C.; MARTÍN, M. A.; MARCOS, G. J.; SANZ, F. J.; PÉREZ, F. J.; DOVAL, M.; VILLANUEVA, L. A.; SANDOVAL, A. M.^a; REDONDO, R.; OLLERO, F. J.; GARCÍA, P. F.; GARCÍA, M. I. y SÁNCHEZ, G. (2013): *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19. Valladolid: JCYL.
- PEREIRA, S.; SASTRE, J. C.; GASPAS, R.; ESPÍ, I.; PEREIRA, J. A.; MATEOS, R. y LARRAZABAL, J. (2015): "O Povoado da Quinta de Crestelos (Meirinhos, Mogadouro, Portugal): fortificação e controlo de um território". En RODRÍGUEZ MONTERRUBIO, Ó.; PORTILLA, R.; SASTRE, J. C. y FUENTES, P.: *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos, pp. 277-289.
- PEREIRA, S.; SILVA, B.; LARRAZABAL, J.; GARIBÓ, J.; NISA, J.; PEREIRA, J. A.; MATEOS, R. y COSME, S. (2014): "A romanização do vale do Sabor: de Meirinhos a Remondes (Mogadouro)". En *1 Encontro de Arqueologia de Mogadouro*. Mogadouro: Câmara Municipal de Mogadouro, pp. 95-143.
- POTTER, J. M. (2000): "Pots, parties, and politics: Communal feasting in the American Southwest", *American Antiquity*, 65, pp. 471-492.
- POUX, M. (2002): "L'archéologie du festin en Gaule pré-romaine. Acquis, méthodologie et perspectives". En *Découvertes récentes de l'âge du Fer dans le massif des Ardennes et ses marges. Repas des vivants et nourriture pour les morts en Gaule*. XXVe Colloque International de l'Association française pour l'étude de l'âge du Fer. Mémoires de la Société archéologique champenoise, 16. Reims, pp. 345-374.
- PRENT, M. (2003): "Glories of the Past in the Past: Ritual activities at palatial ruins on Early Iron Age Crete". En VAN DYKE, R. M. y ALCOCK, S. E. (eds.): *Archaeologies of Memory*. Melbourne: Blackwell Publishers Ltd., pp. 82-103.
- RAPOPORT, A. (1972): *Vivienda y Cultura*. Barcelona: Edit. Gustavo Gili SA.
- RAPPAPORT, R. (1999): *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Akal Editorial.
- RENFREW, C. (1985): *The Archaeology of Cult. The Sanctuary at Phylakopi*. Oxford: The British School of Archaeology at Athens.
- RENFREW, C. (1994): "The Archaeology of Religion". En RENFREW, C. y ZUBROW, E. B. W.: *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 47-54.
- RENFREW, C. (2007): "The Archaeology of Ritual, of Cult and of Religion". En KYRIAKIDIS, E. (ed.): *The Archaeology of Ritual*. Los Angeles: Univ. of California, pp. 109-122.
- ROMERO, F. (1992): "Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro". En BÁEZ, J. M. (ed.): *Arquitectura Popular de Castilla y León. Bases para un estudio*. Valladolid: Univ. de Valladolid-Instituto de Ciencias de la Educación, pp. 175-211.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. (2002): "Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los vettones", *Spal*, 11, pp. 259-283.
- SANCHES, M. D. J.; SANTOS, P. M.; BRADLEY, R. y FÁBREGAS, R. (1998): "Land Marks - A New Approach to the Rock Art of Trás-os-Montes,

- Northern Portugal”, *Journal of Iberian Archaeology*, 0, pp. 85-104.
- SANTOS, F. J. C. (2015): “Arquitecturas da II Idade do Ferro. A evolução do sistema defensivo do sítio fortificado do Castelhinho (Cilhades, Felgar, Portugal)”. En RODRÍGUEZ MONTECUBIO, Ó.; PORTILLA, R.; SASTRE, J. C. y FUENTES, P.: *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos, pp. 242-276.
- SARDÀ, S. (2010): “El giro comensal: nuevos temas y nuevos enfoques en la Protohistoria peninsular”, *Herakleion*, 3, pp. 37-65.
- SASTRE, J. C. (2014): “Da Idade do Ferro à Romanização da área de Crestelos”. En *1 Encontro de Arqueologia de Mogadouro*. Mogadouro: Câmara Municipal de Mogadouro, pp. 79-94.
- SASTRE, J. C.; SÁNCHEZ NICOLÁS, D.; ESPÍ, I.; MOLINA, A.; CAMPUZANO, S. A.; PALENCIA, A.; MCINTOSH, G. y OSETE, M. L. (2022): “La ocupación durante la Segunda Edad del Hierro del povoado de Crestelos (Meirinhos, Mogadouro, Portugal). Estructuras de combustión y reocupación del Foso 1 como zona productiva”, *Complutum*, 33(1), pp. 159-176.
- VAN DYKE, R. M. (2003): “Memory and the Construction of Chacoan Society”. En VAN DYKE, R. M. y ALCOCK, S. E. (eds.): *Archaeologies of Memory*. Melbourne: Blackwell Publishers Ltd., pp. 180-200.
- VAN DYKE, R. M. y ALCOCK, S. E. (2003): “Archaeologies of Memory: An Introduction”. En VAN DYKE, R. M. y ALCOCK, S. E. (eds.): *Archaeologies of Memory*. Melbourne: Blackwell Publishers Ltd., pp. 1-13.
- VAZ, F. C.; TERESO, J. P.; MARTÍN SEIJO, M.; PEREIRA, S.; GASPAR, R.; SEABRA, L. y SASTRE, J. C. (2017): “Iron Age ovens and hearths from the hilltop of Quinta de Crestelos, Sabor Valley (NE Portugal): An archaeobotanical approach on typology, functionality and firewood use”, *Quaternary International*, 458, pp. 1-19. <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S104061821630787X?via%3Dihub>